



temas de hoy

Ensayo

230 g

51 238 palabras



Otro fin del mundo es posible

Cómo Aldous Huxley puede salvarnos

Alejandro Gaviria

ALEJANDRO GAVIRIA
OTRO FIN DEL MUNDO ES POSIBLE
Cómo Aldous Huxley puede salvarnos

© Alejandro Gaviria, 2021

Por las imágenes de interior:

p. 11 © Keystone Pictures USA / Alamy

p. 17 © Alamy / ACI

p. 65 © Alamy / ACI

p. 75 © World History Archive / Alamy

p. 95 © The Huntington Library, Art Museum, and Botanical Gardens

p. 49, 80, 122, 125, 130, 131, 140, 146: Archivo del autor

Iconografía: Grupo Planeta

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-9998-866-5

Depósito legal: B. 5.331-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
1. Atención y compasión	19
2. Huxley y la salud pública	35
3. Huxley y las sustancias psicoactivas	53
4. Aldous Huxley y la crisis ambiental	73
5. Aldous Huxley y la educación	89
6. Huxley y el progreso	103
7. Huxley, Colombia y México, historias rescatadas del olvido	117
8. Las puertas de mi percepción	141
<i>Biografía</i>	155

1 ATENCIÓN Y COMPASIÓN

Hay una pena inherente a la condición humana, es el precio que debemos pagar por ser organismos sensibles y conscientes de sí mismos, aspirantes a la liberación, pero sometidos a las leyes de la naturaleza y sometidos a la necesidad de continuar marchando a través del tiempo irreversible, a través de un mundo absolutamente indiferente a nuestro bienestar, hacia la decrepitud y la certidumbre de la muerte.

ALDOUS HUXLEY,
La isla

Es mucho haber tocado el viviente jardín siquiera un día.

JORGE LUIS BORGES

En sus últimos libros y ensayos, Aldous Huxley expuso de manera elocuente su visión de la vida y la experiencia humana. Una visión que invita no solo a aceptar el mundo tal como es, con sus dosis desiguales de placer y sufrimiento,

sino también a celebrar el milagro de la existencia, «el privilegio de estar vivo y de ser testigo de ese milagro; de ser, en verdad, algo más que un testigo: un participante, un aspecto del milagro».

Este capítulo resume esa visión, la visión de Aldous Huxley sobre la existencia humana, expuesta de manera comprensiva en su última novela *La isla*, una novela utópica que describe la vida doméstica, las formas de gobierno, los orígenes históricos, así como los riesgos geopolíticos de la isla ficcional de Pala. En la novela un periodista inglés con intenciones conspirativas naufraga en la isla y termina, después de varias excusiones pedagógicas, siendo cautivado por la visión política y humanista de Pala, gobernada con base en una mezcla de budismo pragmático y cientifismo idealista.

El capítulo está construido como un manifiesto personal. Mezcla las opiniones de Huxley y mis opiniones sin muchos escrúpulos, de forma deliberada. Contiene, primero, una lista de diez razones para el pesimismo cósmico y argumenta después que, a pesar de todo, a pesar de las penas inherentes a la condición humana, la vida es un privilegio que debemos celebrar.

Diez razones para el pesimismo cósmico
[Inspiradas en Huxley y su novela *La isla*]:

1. Primero están la decrepitud y el inevitable final. La enfermedad está siempre al acecho. Somos máquinas deleznales que se gastan rápidamente y dejan de funcionar en cualquier momento. La vida biológica puede definirse como un orden precario que el tiempo va resolviendo cada día. La me-

dicina ha logrado contrarrestar algunos riesgos externos y aminorar el dolor físico, pero sus logros son exiguos: algunos años más de vida, muchos de ellos malogrados por la enfermedad. La degradación es nuestro destino, el horror esencial del que hablaba Huxley.

El tremendo hecho de la muerte nos acompaña todos los días, está siempre presente. Vivir, dice el poeta mexicano José Emilio Pacheco, es ir muriéndose. «Placeres pasados, desdichas y percepciones anteriores, todo tan inmensamente vivo en nuestro recuerdo, y, sin embargo, todo muerto, muerto sin esperanza de resurrección», escribió Huxley sobre nuestras muertes sucesivas. Parte de nuestro sufrimiento, además, es incomunicable. Estamos solos, atrapados en nuestras conciencias, aislados casi completamente: «La conciencia de que uno existía era la conciencia de que uno estaba siempre solo», dice Susila, uno de los personajes de su última novela, la madre de los niños que encuentran al náufrago inglés, el visitante accidental de la isla de Pala.

2. Desde una perspectiva biológica, somos solo artefactos desechables, vehículos transitorios creados por el código genético con el único objetivo de perpetuarse. La biología moderna rechaza la trascendencia. O mejor, sugiere que lo único permanente es el código genético: los animales somos meros mensajeros intergeneracionales y en el caso de los seres humanos, mensajeros conscientes de su transitoriedad. La vida es un continuo morir y renacer, una especie de mecanismo infinito que devora a sus criaturas para poder seguir girando.

«El individuo es un artificio para que una porción de materia viva pueda desempeñarse y proceder en un medio

ambiente determinado. Después de un tiempo lo desechan y muere. Contiene, sin embargo, una reserva sustancial inmortal que transmite a las generaciones siguientes», escribió Julian Huxley, hermano mayor de Aldous, y nieto de Thomas H. Huxley, el más vehemente de los defensores decimonónicos de Charles Darwin y la teoría de la evolución.

El filósofo Arthur Schopenhauer ya había dicho lo mismo antes de Darwin:

La variedad de las organizaciones, la perfección de los medios mediante los cuales cada una se adapta a su entorno y a sus presas, contrastan enormemente con la ausencia de un fin consistente; en su lugar se presenta un instante de placer, pasajero, cuya condición previa es la carencia, los numerosos y prolongados sufrimientos, un combate continuo, *bellum omnium*, donde todos son cazadores y presas; tumulto, privación, miseria y miedo, gritos y alaridos: y así continuará *in secula seculorum* o hasta que la corteza de nuestro planeta se haga pedazos de nuevo. Junghum cuenta que vio en Java un campo cubierto de osamentas que se extendía hasta el horizonte y creyó que debía ser un campo de batalla. En realidad, eran los esqueletos de grandes tortugas de cinco pies de largo y tres de alto y de ancho que, al salir del mar, toman ese camino para depositar sus huevos y son atacadas por perros salvajes que, uniendo sus fuerzas, las vuelcan, les arrancan el caparazón inferior y las conchas del vientre y las devoran vivas. Pero a menudo, en esos momentos, aparece un tigre y se abalanza sobre los perros. Esta desoladora escena se repite miles y miles de veces, año tras año; para eso han nacido esas tortugas.

Varios inventores de estos tiempos han propuesto una salida tecnológica a nuestra transitoriedad. El transhumanismo (una palabra acuñada por Julian Huxley, el hermano mayor de Aldous) promete liberarnos de la biología y sus medios deleznable. La *biohacker* Lepht Anonym, que se ha autoimplantado cincuenta chips y varios imanes, pretende dejar atrás las limitaciones sensoriales. Algunos van más allá. Uno podría, sugieren, *descorporizar* la conciencia humana: subirla a algún computador de memoria infinita para luego implantarla en otro ser humano o en un robot indestructible. Sin embargo, estas pretensiones no son más que fantasías de emprendedores atemorizados (entre ellos, el millonario ruso de treinta y nueve años Dmitry Itskov) por la intrascendencia del mecanismo darwinista. En palabras de Huxley, «la creencia en la vida eterna jamás ayudó a vivir en la eternidad».

3. La vida humana no tiene un sentido intrínseco. Sísifo empuja la piedra cuesta arriba, sube y baja la pendiente repetidamente sin un sentido distinto a ese subir y bajar. El conocimiento acumulado por la ciencia confirma esta visión desoladora. Mientras más conocemos sobre el mundo, más profunda es la contradicción entre la búsqueda de sentido y el silencio del universo.

Cada conquista de la ciencia, escribió hace cuatro décadas el biólogo y bioquímico francés, ganador del premio Nobel de Medicina por sus descubrimientos referentes al control genético, Jacques Monod, es una victoria del absurdo. «El enfoque científico le revela al hombre que es un accidente, casi un extraño en el universo, y reduce la vieja alianza entre el hombre y la creación a un tenue y frágil filamento.» La

ciencia revela un mundo sin tutores, donde el hombre no es fruto de la necesidad o la voluntad de un ser superior, sino del azar y el tiempo.

La toma de conciencia de la muerte y la aparición de Dios son la misma cosa. Todos los dioses son de fabricación casera. Los seres humanos necesitamos ficciones consoladoras que nos permitan imaginarnos algún sentido y trascendencia. «Dada la naturaleza de las arañas, sus telas son inevitables. Y dada la naturaleza de los seres humanos, lo mismo ocurre con las religiones. Las arañas no pueden dejar de construir trampas de hilos, y los hombres no pueden dejar de fabricar símbolos», escribió Huxley en *La isla*. Sin embargo, los dioses no nos prestan atención. Son marionetas que movemos inútilmente; tiramos de sus cuerdas esperando conmover al universo, pero nada ocurre. «Tironea una y otra vez, con energía y vigor, los dioses bailan, pero los cielos permanecen inmóviles», cantan los niños de Pala, la isla iluminada que inventó Huxley en su última novela.

4. Vivimos en medio de una ignorancia fundamental. Las preguntas esenciales sobre la vida no tienen respuesta. En palabras del poeta venezolano Rafael Cadenas, «la ignorancia fundamental es en el fondo un no saber, es darse cuenta de que todo lo que el hombre ha construido, todo lo que el hombre conoce, está fundado sobre un desconocimiento de la realidad primaria, es decir, de lo que podemos llamar el origen de todo». La ciencia aporta algunas pistas, pero sus respuestas son siempre parciales. Resulta muy difícil, leí alguna vez, rechazar la hipótesis fantástica de que somos parte de alguna simulación deliberada o espontánea como en la película *The Matrix* o en la civilización «posthumana» imaginada por el filósofo sueco Nick Bostrom.

Huxley abogó al final de su vida por una salida radical, por una especie de atajo farmacológico, una expansión (artificial) de la conciencia que permitiera correr el velo de la ignorancia fundamental y entender quiénes somos en realidad. Vislumbró, en sus experimentos con las drogas, una respuesta parcial más allá de las palabras: «Allí, bailando entre ambos y fuera de ambos, estaba el positivista lógico, absurdo pero indispensable, tratando de explicar, en un lenguaje inconmensurable con los hechos, qué era todo esto».

Si alguna vez lográramos entrever una respuesta a las preguntas esenciales, con la ayuda de algún fármaco milagroso, por ejemplo, probablemente no nos daríamos cuenta. Intuiciones más allá de las palabras, solo a eso podemos aspirar. Ni siquiera sabemos si estamos solos en el universo. La comunicación con otras inteligencias es casi una imposibilidad teórica. Si todavía no sabemos qué esconde la mirada del perro, menos sabremos interpretar las señales que nos llegan de otros mundos. El antropocentrismo probablemente no tiene remedio. El hombre sigue siendo, a su pesar, la medida de las cosas que no entiende. En fin, el misterio de la vida es eso, un misterio.

5. El amor es un consuelo, una respuesta al absurdo y una forma de resistencia ante la muerte. Pero el amor contiene sus propios riesgos. Mientras más amamos, más doloroso es el desprendimiento. Es como si la vida o el universo (en una suerte de principio general de conservación de la felicidad) quisiera cobrarnos las dichas: mayor amor presente = mayor sufrimiento futuro. Las presencias más entrañables serán siempre las ausencias más dolorosas. «Si aspiras a un estado libre de dolor, no tengas nada querido en ningún lugar de este mundo», predicaba el Buddha.

«Dos personas, dos individuos separados que juntos constituyen algo así como una nueva creación. Y de pronto la mitad de esa nueva creación es amputada, pero la otra mitad no muere... no puede morir, no debe morir», escribió Huxley a propósito de la muerte de Lakshmi, una de las heroínas de su novela *La isla*, abuela de los niños que encuentran al protagonista después de su naufragio inicial en la isla de Pala.

Paradójicamente, sugiere Huxley, eliminar el dolor de la amputación, aspirar a un sufrimiento completamente indoloro, sería incluso más trágico que el padecimiento, pues nos haría menos humanos. «No sería correcto que se pudiese eliminar todo el dolor de la desaparición de un ser querido, en ese caso seríamos menos que humanos.» Todos los hombres debemos enfrentar el dolor del desprendimiento. No hay salida.

El poeta Jorge Luis Borges cita un texto mítico tibetano, el poema «La ley del Buddha entre las aves, guirnalda preciosa», que describe una gran asamblea de animales alados, un tema mitológico recurrente. En medio de la asamblea, el gallo pide la palabra y explica su cosmovisión.

Mientras viváis en este mundo del Samsara, no tendréis

[dicha duradera.

La ejecución de los asuntos mundanos no tiene fin.

En la carne y la sangre no hay permanencia.

Mara, señor de la muerte, nunca está ausente.

El hombre más rico parte solo.

Estamos obligados a perder a aquellos que amamos.

Dondequiera que miréis, nada sustancial hay allí.

¿Me comprendéis?

6. Somos un animal que siempre quiere más. Insatisfecho. En palabras de George Steiner: «Una tristeza de la saciedad sigue a todos los deseos satisfechos». La historia es conocida. Queremos algo con una intensidad desproporcionada, como si un objeto cualquiera exhibido en una vitrina fuera a traernos la felicidad o el esclarecimiento, pero una vez lo poseemos, dejamos de quererlo, perdemos nuestro interés. Hay algo no solo estéticamente repulsivo, sino también existencialmente triste en el sobreconsumo de las sociedades modernas, un niño aburrido rodeado de juguetes abandonados y pidiendo uno nuevo, otro más.

Huxley aborrecía la publicidad, sabía bien que los publicistas habían descubierto nuestro lado flaco, nuestra tendencia a buscar (torpemente) en los bienes de consumo una respuesta a los problemas esenciales del ser humano. Les basta con identificar, decía, un miedo o una ansiedad general, relacionarlo con el producto que quieren vender y luego crear la ilusión, mediante artificios gráficos y verbales, de que, una vez adquirido, este resolverá nuestros problemas. Los vendedores de cosméticos venden esperanza. Los de automóviles, prestigio. Los de laxativos, salud. Los de vitaminas, vitalidad. Todos saben bien que somos dados al «autoengaño profiláctico».

En *La isla*, Huxley menciona con ironía los 1.358 artículos que contenía el *Catálogo de verano y primavera* de Sears, Roebuck & Company en 1960: pecheras con tirantes para sostener el vientre caído, zapatos de hormas anchas con plataformas mullidas, corpiños color rosa susurro, motocicletas de todos los calibres, botes de muchos tamaños y motores, prendas para todas las ocasiones, tallas y gustos, entre otros muchos artículos. Quienes no los poseen se sienten frustra-

dos (por la carencia), quienes ya los tienen, tristes (por la saciedad). Así somos.

7. No solo sucumbimos a las promesas falsas de la publicidad, estamos también dispuestos a seguir al Gran Líder, a morir por la causa, a renunciar a la vida. Somos una especie que ama la libertad, pero añora las cadenas. Un 20 % de los seres humanos, plantea Huxley con cierto optimismo, puede ser hipnotizado con facilidad, convertido en víctima de cualquier demagogo. En una democracia, un buen orador congrega sin dificultad a un ejército de fanáticos. En una dictadura, los fanáticos son «movilizados como el núcleo duro del partido omnipotente». En cualquier caso, todos parecen dispuestos a sacrificar la libertad por una quimera, por una ilusión vana.

La pesadilla se ha repetido una y otra vez en la historia de la humanidad: «Adelante, soldados nazis; adelante, soldados de Cristo; adelante marxistas y musulmanes, adelante todos los pueblos elegidos, todos los cruzados y los dirigentes de guerras santas. ¡Adelante hacia la desdicha, hacia toda la perversidad, hacia la muerte!».

8. Pero no solo sucumbimos al engaño de publicistas y políticos, somos también propensos al autoengaño, a mentirnos a nosotros mismos, a proteger, con base en la manipulación de la evidencia, nuestras creencias y nuestras ideas del mundo. Tendemos a negar la realidad. Si un hecho contradice nuestras convicciones más íntimas lo rechazamos sin más. La sinceridad es muy difícil, requiere de una constante auto-crítica, necesita una postura objetiva en un asunto sobre el cual siempre estaremos sesgados: nosotros mismos.

Además, el autoengaño nos lleva con frecuencia a la frustración. Casi siempre tenemos expectativas exageradas, irrealistas sobre el futuro. «La consecuencia de esas expectativas, de esa impaciencia que llamamos esperanza, es que con frecuencia se quedan cortas», escribió George Steiner. La vida es una actualización de nuestras expectativas más grotescas, un ejercicio reticente de realismo, una convergencia entre lo que somos y lo que creemos que somos, para usar el lenguaje de Huxley.

«Reconciliarse con la propia suerte... esa es una gran hazaña», dice una profesora iluminada al final de *La isla*. Una hazaña que debemos practicar todos los seres humanos; todos desplegamos, volviendo a Steiner, tácticas contra la desilusión, contra el ácido de la esperanza frustrada.

9. Somos al mismo tiempo, escribió Huxley en sus ensayos sobre las drogas, beneficiarios y víctimas de la cultura en que vivimos. La cultura nos hace florecer, pero simultáneamente cercena nuestras iniciativas. Las normas sociales, por ejemplo, son fundamentales para el funcionamiento de la sociedad, pero castigan la disidencia y favorecen la uniformidad. Hay dos pesadillas posibles: la de un mundo sin normas, sumido en el caos, y la de un mundo demasiado ordenado, la del control social absoluto.

Para todos los seres humanos hay un castigo peor que la muerte: el ostracismo, el rechazo de la comunidad, el destierro de su cultura y su pasado. Nada hay tal vez más importante (y agobiante) para la mayoría de los seres humanos que las opiniones de sus amigos y familiares. Nos importan mucho las opiniones de los otros: «Uno no es lo que es sino lo que los otros le permiten creer que es», escribió alguna vez el novelista Fernando Vallejo.

La idea de un regreso a un mundo distinto, en el cual podamos acercarnos a la naturaleza, alejarnos de las miradas de los otros, quitarnos la máscara de la sociabilidad y ser auténticos, es una idea nostálgica recurrente, pero en últimas engañosa. Para bien y para mal, la vida humana se vive en el ambiente de la cultura, en el teatro de la sociedad.

10. Somos muchos, el problema de la población no ha sido resuelto, escribió Huxley a finales de los años cincuenta con cierta impaciencia malthusiana. Éramos tres mil millones entonces, somos más de siete mil millones ahora en el despunte de la tercera década del siglo XXI. En su mente siempre estuvo presente una ecuación básica: la sobrepoblación lleva a la inseguridad económica y al descontento social, lo que, a su vez, lleva a la concentración del poder y al totalitarismo.

Más allá de esta visión catastrofista, los problemas de acción colectiva casi nos definen como especie; la tensión entre lo individual y lo colectivo ha sido siempre el gran problema humano: queremos a los demás, pero nos queremos demasiado a nosotros mismos. En el mundo actual, en medio de una crisis climática, lo que antes era cierto a escala local, en pequeñas comunidades, ahora es una realidad global inevitable: si no incorporamos en nuestras decisiones el impacto sobre los demás, probablemente no seremos capaces de sobrevivir como especie. Los problemas de acción colectiva no solo nos definen, definirán también nuestro futuro. La tensión entre libertad y bien común es hoy más trágica que nunca.

*Estar aquí en la tierra: no más lejos
que un árbol, no más inexplicables;
livianos en otoño, henchidos en verano,
con lo que somos o no somos, con la sombra,
la memoria, el deseo...*

EUGENIO MONTEJO,
«Terredad»

Los diez puntos anteriores, mi lista de las penalidades de la vida inspirada en Huxley, son un manifiesto realista, una invitación a aceptar la vida tal como es, sin paraísos inventados. «Los hechos de la vida son los hechos de la vida.»

Huxley nunca creyó que la Providencia fuera un oculto filántropo o algo parecido. Pero no se quedó en el lamento existencialista, en la protesta contra la maquinaria darwiniana o la segunda ley de la termodinámica que todo lo acaba. Por el contrario, su obra fue una búsqueda incesante de sentido, desde la ciencia, el arte, la religión e incluso las drogas. Una búsqueda que podríamos llamar espiritual, con espiritualismo realista si el término cabe.

Su mensaje fundamental, producto de años de estudio, experimentación y reflexión, está resumido en dos palabras, en las dos expresiones que canturrean incesantes los mynah, los pájaros ficticiales de la novela *La isla*: atención y compasión («karuna»).

Atención es un llamado a tomar conciencia sobre la necesidad de sacralizar la vida de todos los días y sobre la importancia de aprender a percibir. *To be aware*, fue el mensaje de Huxley al mundo moderno, su respuesta a las penurias de la

vida. Una y otra vez, insistió en el privilegio que implica, a pesar del dolor y la tragedia, habitar un cuerpo humano en este planeta, el privilegio de «ser una criatura finita entre otras criaturas finitas». Pensaba, como Jorge Luis Borges, que «el mero hecho de ser es tan prodigioso que ninguna desventura debe eximirnos de una suerte de gratitud cósmica».

Huxley insistió, además, en la necesidad ética de la *compasión*, entendida como la solidaridad con otras criaturas finitas con las que compartimos un destino común: la muerte, la enfermedad y la desazón. Nuestra humanidad reside en entender que «somos voces de la misma penuria». En este universo, no hay juicios metafísicos ni rendiciones de cuentas al final de la vida. La Providencia no se ocupa de los asuntos humanos. Pero si lo hiciera, sugiere Huxley, seríamos juzgados por cuan bien hemos tratado a quienes nada tienen que ver con nosotros salvo su humanidad. Karuna, en últimas. Compasión.

Lecturas

Este capítulo está basado en las reflexiones y pensamientos de Aldous Huxley en sus últimos ensayos y en su novela *La isla*, injustamente olvidada. Huxley es el protagonista principal, pero no el único. Un pequeño libro de George Steiner, quien murió mientras estaba escribiendo este capítulo, *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, me sirvió de inspiración y modelo. Constituye un ejemplo de lucidez y humanismo. Cuatro poetas aparecen en el capítulo. Son posiblemente mis cuatros poetas preferidos, dos venezolanos, Rafael Cadenas y Eugenio Montejo; un mexicano, José Emilio

Pacheco y un argentino (y ciudadano del mundo), Jorge Luis Borges. Aparece también el científico e intelectual francés Jacques L. Monod, autor de un libro de divulgación científica escrito hace cincuenta años que sigue vigente, *El azar y la necesidad*. Lo he leído varias veces, cada vez aprendo algo nuevo. Cuando lo leí por primera vez, en 1996, tomé plena conciencia de la importancia del azar en nuestras vidas, en nuestro trasegar como especie y como individuos por este planeta misterioso.